

EVA G.^ª SÁENZ DE URTURI



LA SAGA DE LOS LONGEVOS

2

LOS HIJOS DE ADÁN

EVA GARCÍA SÁENZ DE URTURI

LA SAGA DE LOS LONGEVOS

• 2 •

LOS HIJOS DE ADÁN

IAGO

18 de noviembre

«Quedan dos millas —me apremié desesperado—; tan solo hemos de cruzar este bosque, mi caballo y yo, alcanzar el repecho y llegar a mi granja, de donde nunca debí marchar y abandonarlos. Dos millas —me repetí, intentando convencerme—. No están muertos. Manon y el niño son resistentes, han sobrevivido también a esta epidemia».

Fue la anciana señora Bradford, la mujer del gobernador de la diminuta colonia de Plymouth, en Nueva Inglaterra, quien me dio la mala noticia. Otro nuevo brote de escorbuto había alcanzado las haciendas de la costa en Duxbury, al norte del Cabo Cod.

—¿Se sabe algo de mi esposa y mi hijo? —le insistí cuando escuché los primeros rumores en el mercado.

Ella me dio el pésame con la mirada a modo de respuesta. Solté las pieles de castor que había cazado y preparado el día anterior. Una última ganancia cómoda antes de partir de la plantación de Plymouth y abandonar mi última identidad como Ely.

Una década después de arribar a las costas de Nueva Inglaterra a bordo del Mayflower, en noviembre del año de Nuestro Señor de 1620, había llegado el momento de abandonar un hogar feliz, un hijo amado de ocho veranos y una esposa, acaso la más fuerte y decidida de todas a cuantas quise.

Y era tanto lo que dejaba atrás, tanto lo pasado a su lado, en aquella granja sobre un acantilado rocoso...

No nos inquietaban los inviernos extremos de aquella costa tan agreste. Manon había demostrado una resistencia fuera de lo común.

Cronista incansable de todo lo que acontecía en la colonia de Plymouth, la conocí como una joven viuda que perdió al marido semanas antes de embarcar. Con la suma pagada para el viaje, no le quedó más remedio que partir sola sin su esposo. Despertó ciertas reservas entre los puritanos y sus esposas, pues no se veía bien que una mujer viajara ni viviera sola, y mucho menos que supiera leer y escribir, pero desde el primer día quedó claro que iba a resultar imprescindible para la colonia.

Después me confesó que era la primera vez que abandonaba las tierras del rey Jacobo y salía de Inglaterra. «Hemos tenido una reina virgen que no ha precisado de marido para gobernar el mayor imperio del orbe, ¿no puedo yo viajar sin esposo a las colonias?», me dijo el día que embarqué junto a los puritanos en el puerto de Southampton.

Después de escuchar los oscuros augurios de la señora Bradford partí al galope, cruzando el bosque nevado de pinos que me azotaban la cara con sus ramas heladas. Los indios wampanoag habían abierto senderos estrechos durante centurias, pero mi caballo apenas podía pasar entre los troncos. Me daba igual, piqué espuelas hasta extenuarlo. El peso de mi mala conciencia me cegaba y solo veía el momento de volver a un hogar del que nunca debí partir.

Como un cobarde.

Me fui como un cobarde, abandoné a mi esposa y a mi hijo sin despedirme. Los dejé en lo peor del crudo invierno, confiando en su fortaleza.

Salté y desmonté del caballo al llegar al acantilado. Ni Manon ni el niño estaban labrando las tierras, nadie cosechaba maíz aquel día. Las gallinas me oyeron y se agolparon en la verja —intuí que llevaban días esperando un pienso que no llegó.

Grité sus nombres; nadie acudió a mi encuentro. Rodeé nuestra granja, tropecé con algunos aperos que la nieve había ocultado, y finalmente encontré lo que jamás habría querido hallar: la tumba de mi esposa, Manon Adams. Un montículo de tierra, dos maderos torpemente amarrados en forma de cruz. Era mi hijo quien había cavado aquella fosa, pero no había ni rastro de la sepultura del niño.

¿Seguía vivo?

Grité su nombre una vez más. Entré en nuestra cabaña y allí, sobre el lecho, encontré su cuerpo congelado. Él también había muerto por la epidemia, aunque tuvo fuerzas para enterrar a su madre.

Tal vez si me hubiera quedado con ellos...

Tal vez los habría alejado, al escuchar los primeros rumores.

Tal vez habría podido salvarlos.

Tal vez...

Para qué engañarme, acababa de abandonarlos una semana antes. Había asumido que no volvería a verlos, que la Parca se los acabaría llevando. Pero no tan pronto, no tan pronto ni de una manera tan miserable.

Desolado, salí de la cabaña y caí de rodillas sobre la nieve negra. Noté el cuero de mis calzones empapado por la tierra fresca.

Tomé una decisión: no quedaría ni el recuerdo de aquellas vidas segadas.

Cogí un madero y lo prendí, improvisando una antorcha. Entré en el granero, quemé la paja almacenada para el invierno.

Y por una vez pensé: «Si ellos van a arder, tal vez debamos arder juntos».

Y me dejé llevar por la dulce idea de acabar con todo el sufrimiento, de inmolarme con ellos, como había visto hacer a tantos esclavos en Scandia. Dejé caer a mis pies la antorcha, que prendió alrededor de mis botas de cuero embarradas. Cerré los ojos, sintiendo las llamas hasta que me lamieron las manos.

Pero entonces recordé que mi padre me esperaba en Londres,

en el otro extremo del mundo. Ajeno a que su hijo había renunciado al regalo de una vida longeva que él le hizo, ajeno a que no volvería a la cueva de su infancia a esperarlo un solsticio de verano, ajeno a que solo sería un montón de cenizas al pie de un acantilado en las colonias.

Salí de mi granja en el momento exacto en que las llamas comenzaban a devorar la ropa. Me lancé hacia el exterior y rodé sobre la nieve para apagar mi propio incendio. Después dejé que toda la granja se convirtiera en una llamarada. Pero nada pude hacer por la última familia que había abandonado.

Finalmente me alejé sin mirar atrás ni una sola vez, con la camisa tiznada de negro y la ropa ahumada.

«Te recordaré durante siglos, Manon. Os recordaré a este hijo y a ti por curarme las heridas, por esta década de paz que trajiste a mi alma desgastada. No olvidaré, no pienso olvidar».

Y hui hacia el norte, donde los nativos me acogieron los primeros días, antes de partir hacia un lugar que más tarde sería llamado Maine.

... y entonces la herida que me hizo Lyra, la cicatriz de la mano, comenzó a quemarme. La delgada línea se puso roja y sentí que me abrasaba. Me abrasaba tanto que acabé aullando de dolor.

—¡Iago! ¡Iago, despierta! Estás gritando otra vez el nombre de Lyra.

Aturdido y desorientado, me incorporé en la cama dando un respingo. Estaba en Cantabria, siglo XXI. Mi última esposa, Adriana Alameda, me había despertado de mi enésima pesadilla y me miraba preocupada y medio dormida. Era una gélida noche de invierno, pero mi cerebro ardía.

Me miré la cicatriz, que latía con pulso propio y estaba roja como un río de sangre. Cerré el puño instintivamente y se lo oculté a Dana. Ella no lo entendería: la sensación de alerta, de oscuro

presagio, suficiente como para que mi hija se revolviese en su tumba, un año después de que muriera al enfrentarse con mi hermano Nagorno.

Algo nefasto e inmediato nos iba a suceder.

—¿Has vuelto a soñar con Lyra?

—Por suerte hoy no —contesté. Aún sentía en la pituitaria el olor de la paja quemada de mi granja.

—¿En qué siglo te has quedado entonces?

—Neolítico. Sexto milenio antes de Cristo. Çatal Hüyük —mentí.

Ella se incorporó de un salto.

—¿Has soñado con Çatal Hüyük? Cumplí los veinticinco años allí.

—Lo sé, Dana —contesté. Ahora llegaba la batería de preguntas, y mi cabeza seguía estancada en el siglo xvii.

—Cuéntame entonces, ¿estamos acertados los arqueólogos con nuestras conclusiones?

—Bastante, aunque hay detalles que tenéis delante y se os escapan. —Mi sueño se negaba a abandonar mis pensamientos, y una duda me escocía como el ácido: ¿cómo se llamaba el hijo que tuvimos Manon y yo?—. ¿Recuerdas que todos los huesos de mujer encontrados tienen el primer metatarsiano deformado? —le pregunté, intentando centrarme en un presente mucho más aséptico.

—Sí, tuve muchos entre mis manos. ¿Era algún tipo de costumbre deformativa, como vendar los pies de las niñas en la China del siglo xvi o como sujetar los cráneos con tablillas en la cultura maya?

—No, las mujeres de Çatal Hüyük se pasaban el día de rodillas triturando cereales sobre molinos de piedra. Era una postura muy forzada y les deformaba el dedo del pie.

Dana asimiló deprisa el nuevo dato. Se sentó sobre la colcha, vestida únicamente con mi vieja camiseta del zorro ártico, de la que se había acabado apropiando muchos meses atrás.

—¿Y te adaptaste? —quiso saber.

—Yo no. Pero no iba solo, mi padre me acompañaba. Lür fue más flexible, imagino que porque él ya había vivido un gran cambio en su mundo, al pasar de la glaciación Würm a un continente de bosques..., pero yo fui incapaz. Las mujeres eran... —La miré de reojo, dudando.

—Puedes hablar de ello, Iago. No tengo problemas con tu pasado.

—Eran educadas para ser sumisas. Yo hasta entonces había tenido compañeras, no una propiedad privada. Y los hombres..., muchos no hacían mucho más que gandulear sentados mientras sus mujeres se desgastaban trabajando. Pero no eran los únicos cambios. Aquella inmensa ciudad de barro era muy parecida a una colmena. Vivir allí nos obligaba a dormir y comer en cubículos a los que accedíamos por escaleras desde el tejado. Llegué a odiar aquellas malditas escaleras.

Salí de nuestro lecho. La madrugada se resistía a asomar, pero para mí la noche y sus liturgias ya habían terminado.

Me acerqué, desnudo como estaba, a la chimenea que Dana y yo habíamos dejado encendida. Todavía quedaban algunas ascuas y un madero se resistía a consumirse.

«¿Cómo se llamaba nuestro hijo?», me repetí, frustrado. Pero no encontré respuesta alguna.

Me senté en el suelo sobre la alfombra mullida de lana, frente a un fuego que ya agonizaba, y me arropé con una vieja manta escocesa traída en alguno de mis viajes. Dana se levantó también, algo despeinada y un poco somnolienta, y se acomodó entre el hueco de mis piernas, quedando sentada como yo, con la mirada perdida en una llama hipnótica.

Habíamos convertido una casona del siglo XVIII frente a la Costa Quebrada en nuestro hogar. Habíamos tapizado los gruesos muros de piedra de sillería con recuerdos y habíamos decorado todas las estancias con objetos comunes hasta que ambos pudimos llamarlo «refugio». Sobre la repisa de la chimenea, la fotocopia

enmarcada del «*Mea culpa* de un escéptico» presidía nuestro dormitorio. Un recordatorio de la noche en que Dana se rindió a la evidencia y decidió creer por fin en mi verdadera naturaleza: en que yo era longevo, que no envejecía, que tenía frente a ella a un hombre de diez mil trescientos años.

Un año de precario equilibrio entre alguien que lo quería saber todo del pasado y alguien que todo lo quería olvidar.

Apoyé la cabeza en su hombro y desvié el rumbo de la conversación.

—Hoy me reúno con la dirección de la Neocueva de Altamira, quiero ver si podemos conseguir un convenio de colaboración después de todo el revuelo de las últimas dataciones. ¿Qué tienes tú hoy en la agenda? —le pregunté.

—Otra entrevista de trabajo para el Área de Edad Media.

—Bien, en cuanto acabe con la reunión iré contigo.

Le sonreí. Dana llegaría un poco tarde, como siempre acostumbra.

Con algo de suerte, ambos conoceríamos a la vez al candidato.

II

LÜR

Sungir, actual Rusia, 23.000 a. C.

Lür escrutó meticulosamente la raíz. Había escarbado durante horas, tenía las manos entumecidas y algunas uñas rotas. La tierra estaba helada, siempre helada. Desde hacía décadas, helada.

La famélica planta tenía una corteza dura, pero al abrirla encontró savia roja. «No es buena señal, Lür».

En su clan, siendo niño, le habían enseñado a huir de las plantas con savia, y más si su color era llamativo. Y él, como chamán, lo había transmitido cientos de veces. Cualquiera aprendiz lo sabía: nadie sobrevivía si no respetaba los preceptos básicos de cómo distinguir una planta comestible de una letal.

Lür alzó la cabeza, miró la cima de aquella cordillera blanca. Necesitaba comer algo si quería tener fuerzas para la ascensión.

«Otra cumbre, Lür. Otra esperanza desvanecida, y ¿luego qué? —se repitió—. Luego, seguir, luego continuar. Como siempre, como siempre».

Sus pensamientos se habían tornado repetitivos y él sabía que era por la falta de alimento. Desde los temblores de tierra, desde que aquella nube de polvo tapó la luz del sol muchos años atrás, su cabeza funcionaba más lenta. Su cuerpo, agotado por no ingerir otra cosa que raíces y cortezas manchadas de cenizas, había perdido el vigor de antaño.

Muchos árboles habían desaparecido después del desastre. Ya

no tenía referencias del tiempo en el horizonte. Tampoco de los ciclos de las estaciones. El invierno, el deshielo, ya no eran pautas fiables. El tiempo era glaciario en toda la Tierra, Padre Sol apenas alumbraba detrás de las nubes de polvo rojo que lo habían rodeado todo durante las primeras décadas después del Cataclismo. Los cadáveres de hombres y animales que había encontrado a su paso se habían podrido. Hallaba restos de campamentos aquí y allá, tiendas de pieles que todavía le servían de refugio si tenía fuerzas para trasladar afuera los cuerpos rígidos de los propietarios, sorprendidos en sus quehaceres diarios como el resto de la humanidad.

«Una última cima, Lür. Tal vez los Hijos de Adán sí que hayan sobrevivido. Decían que su matriarca es eterna, como tú. Al menos ella habrá resistido... No soy el último hombre, deambular solo en un planeta desierto no es mi destino —cuántas veces lo pensó—. Si no puedo morir, si jamás voy a envejecer, cuando todos los hombres y las mujeres mueran, cuando se retiren como los mamuts, como tantos animales que no he vuelto a ver, ¿me quedará solo? ¿Eternamente? ¿Toda la Tierra para mí solo?».

Tomó la raíz e hizo una primera prueba. Abrió su capa de piel y frotó la planta en su antebrazo. Pronto sabría si era venenosa.

Acercó la raíz a los labios, comprobó que no se le entumecían y la engulló como si fuese la miel más deliciosa.

Después hizo un último barrido al paisaje que tenía alrededor: el cielo casi rojo con aquella eterna bruma de polvo, las montañas permanentemente nevadas, grandiosas, magníficas. En otros tiempos, el rojo y el blanco que perfilaban sus cumbres lo habrían dejado extasiado con aquella extraña belleza. Pero odiaba en lo que se había convertido su amado planeta. La Tierra que él conocía ahora era yerma y silenciosa.

Apretó el bastón, emprendió la subida y se puso a cantar a voz en grito. Viejas canciones, himnos de antaño; sonidos alegres para festejar nacimientos o hermandades entre clanes, melodías solemnes para honrar a algún patriarca venerado, susurros tristes para despedir a una anciana madre.

Lür cantaba, siempre cantaba. Todos los días. No quería olvidarse de hablar, no quería olvidar el sonido de las palabras que tanto le decían. Y aunque no lo reconociera, todavía guardaba la esperanza de encontrar a otro ser humano, alguien que hubiese sobrevivido. Por eso llevaba décadas recorriendo lo que quedaba de las rutas conocidas.

«No soy el último hombre. Todavía no ha llegado ese momento».

A mitad de la ascensión comenzaron los vértigos. El brazo le ardía, pero se cambió el bastón de mano y continuó escalando.

Quedaban pocas horas para hacer cumbre. La noche le sobrevendría en la cima. Pero se sentía débil. Débil por no comer durante demasiados días. Bajo sus manoplas de piel, unas manos huesudas sujetaban el bastón con menos fuerzas de las que debiera.

No..., no tenía que haberse comido aquella raíz. Probablemente, moriría antes de que Madre Luna se alzase en el horizonte.

Se sacó un trozo de carbón que había guardado con celo de su último fuego solo para situaciones como aquella. Empezó a roer la pequeña piedra negra de madera carbonizada, hizo una pasta con la saliva y se la tragó. Solo eso le podría salvar la vida si la planta era, en efecto, venenosa.

Entonces se detuvo, mareado y desorientado. ¿Por dónde debería seguir? ¿Hacia arriba?, ¿hacia abajo? ¿Estaba tratando de subir una montaña o la estaba descendiendo ya? No lo recordaba, comenzó a dar vueltas alrededor de sí mismo, hasta que perdió el equilibrio y cayó a tierra.

El contacto con la dura nieve fue suficiente para despejarlo. Se quedó por un momento tendido en el suelo. Sabía que tenía que levantarse. Si se quedaba tumbado, aunque fuera un poco más, su cuerpo se enfriaría y sería imposible calentarlo.

«¿Y qué más da? —pensó—, ¿esto me matará? ¿Moriré por fin?».

Y empezó a reírse, con ganas, con fuerza. Una risa alegre le brotó del pecho castigado y se escuchó su eco, montaña abajo.

«Sigamos».

Se apoyó con las manoplas en la nieve y se alzó torpemente. Comenzó de nuevo a cantar, pese al mareo, pese a que mezclaba palabras, melodías, canciones, recuerdos, familias, gentes que un lejano día conoció.

Llegó a la cresta casi de noche, cuando un atardecer naranja de nubes deshilachadas incendiaba el perfil dentado de la cordillera. Lo miró extasiado. El milagro diario. Un cielo en llamas solo para sus ojos.

A sus pies, un valle blanco daba paso a una llanura infinita.

Esperaba encontrar monotonía, nieves eternas, ningún resto de vida.

Pero no fue eso lo que le dijeron sus ojos.

Parpadeó, incrédulo, porque en lo más profundo del valle le pareció ver algo luminoso y en movimiento.

Era fuego, pero no uno, sino varios, decenas de pequeños fuegos. Lür sabía bien lo que aquello significaba. Eran hogueras: había un poblado, un clan, tal vez varios.

No estaba solo en la Tierra, habían sobrevivido más humanos.